

# La falacia del argumento cronológico: reflexiones acerca de la confusión entre modernidad y progreso y sus repercusiones sobre el debate cognitivismo versus conductismo

*Esteve Freixa i Baqué<sup>1</sup>*

Si el marxismo comparte con el psicoanálisis, según el análisis clásico de Popper, su falta de falsabilidad, presenta con el conductismo al menos una cosa en común hoy en día: reivindicarlo constituye, a los ojos de una gran mayoría, un absoluto sin sentido y un *anacronismo* ridículo.

El problema de la *cronología* es justamente uno de los elementos más comúnmente esgrimidos para decretar el carácter indiscutiblemente obsoleto de una concepción de la psicología a la que, como mucho, se le reconoce el mérito, puramente histórico, de haber representado un progreso respecto a los métodos introspectivos dominantes en el momento de su emergencia, pero que pronto alcanzó sus límites debido a su enfoque en términos de "caja negra". La ola cognitivista que le sucedió debía pues, supuestamente, relegarlo al museo de los trastos viejos y establecerse como la verdadera psicología científica moderna, lejos de los simplistas diseños basados en los estímulos y las respuestas.

Aparte de que caracterizar la posición conductista como perteneciendo al esquema  $S \Rightarrow R$  de tipo "caja negra" (afirmación cotidiana y constante por parte de

---

<sup>1</sup> Catedrático de Epistemología y Ciencias de la Conducta de la Université de Picardie Jules Verne (UPJV).  
[esteve.freixa@u-picardie.fr](mailto:esteve.freixa@u-picardie.fr)  
<http://freixa.over-blog.com>

El autor agradece sinceramente a Jenny Astrid Botero Sarmiento el minucioso trabajo de revisión y corrección del manuscrito, que contenía cantidad de catalanismos y galicismos en su versión inicial.

los psicólogos en general y de los cognitivistas en particular) refleja una sublime necesidad y una magna ignorancia de las concepciones neo-conductistas como las de Skinner y Kantor y traduce una lamentable pero frecuente confusión entre el conductismo metodológico y el conductismo radical o el interconductismo, el hecho de enfatizar los aspectos cronológicos no representa en absoluto un argumento mínimamente válido.

En efecto, si el simple hecho de aparecer ulteriormente fuese suficiente para declarar superado y caduco lo que le precedió, entonces deberíamos admitir que el arte abstracto es superior al figurativo y el arte conceptual superior, a su vez, al abstracto. O que Bernard Henry-Lévi es mejor filósofo que Kant y que este es superior a Aristóteles. ¿Y quién pretendería que la Restauración del Antiguo Régimen monárquico, por el mero hecho de acontecer posteriormente, representa un progreso respecto a la Revolución Francesa?

Ustedes me dirán sin duda que hay una “trampa conceptual” en mi razonamiento. Que estoy intentando hacerles pasar “gato por liebre”. Que confundo el Arte y la Historia con la Ciencia. Y que estas disciplinas no obedecen a las mismas reglas, no siguen los mismos esquemas ni poseen las mismas características. Examinemos pues esta objeción.

El que les habla es el primero que, en sus clases de metodología experimental, advierte a sus alumnos de una (entre varias) especificidad muy peculiar de la ciencia: su aspecto *acumulativo*. ¿Qué queremos significar cuando afirmamos que la ciencia es acumulativa? Sencillamente, que, a lo largo de los siglos, puede constatarse un real *progreso* en los conocimientos de tal o cual aspecto de la Naturaleza. Que, por ejemplo, cualquier simple bachiller del siglo XXI sabe más biología molecular que su bisabuelo, aunque éste hubiese sido premio

Nobel de biología en su época. Que el más gandul de los alumnos de la facultad de físicas sabe más física que Aristóteles (probablemente el hombre con más conocimientos al respecto de su época). Y ello por la sencilla razón de que, como las “matrioskas” (esas muñecas rusas que incluyen a otras, más pequeñas, en su interior), los nuevos descubrimientos, que se basan en los anteriores, vienen a “recubrirlos” formando una muñeca más voluminosa que incluye e integra en su seno la anterior, y así indefinidamente. Es en este sentido que puede afirmarse que el saber, las ciencias, *progresan*. Como lo dice el Julián de *La verbena de la Paloma*: “Hoy las ciencias adelantan, que es una barbaridad”. La palabra *adelantar* denota esta noción de *progreso* a la que nos estamos refiriendo.

Al contrario, en el campo de las artes, o de la filosofía, esta noción de *progreso* es mucho más problemática, por las razones obvias que hemos indicado antes (¿el impresionismo es más “adelantado” que el barroco?). Se dice a menudo, al respecto, que más bien que obedecer a la ley de la acumulación, del progreso, de la linealidad, obedece a la “ley del péndulo”, pasando de un extremo al otro, cada nuevo movimiento artístico, cada nueva escuela filosófica, cada nueva teoría pedagógica construyéndose en oposición y en reacción a la anterior, sin que pueda apreciarse un progreso objetivo y debiendo uno conformarse con una cuestión de preferencia, opinión, sintonía o “vibraciones positivas”.

Esta diferencia esencial entre estos dos tipos de actividades humanas (artísticas, filosóficas etc. por un lado, científicas por el otro) quedaría perfectamente plasmada si Aristóteles, por ejemplo, (puesto que lo hemos nombrado varias veces) resucitase hoy, en pleno siglo XXI. Observando las estatuas o los cuadros en los museos, los métodos educativos en nuestros parvularios y escuelas o leyendo a nuestros filósofos, no es seguro que se encontrase desfasado ni que considerase

que lo actual es infinitamente más avanzado que lo que él conoció en su Grecia natal de hace miles de años. En otras palabras, podría pensar que solo había permanecido muerto unos cuantos meses dadas las semejanzas, en estos ámbitos concretos, entre su mundo de antes y el que descubre ahora. En cambio, ¿se imaginan ustedes su sorpresa, su estupefacción, su incredulidad viéndonos hablar con teléfonos celulares a miles de kilómetros de distancia, escuchando una orquesta sinfónica entera gracias a unos aparatos planos que llevamos en el bolsillo conectados a unos auriculares pegados a las orejas, navegando por Internet, haciendo trasplantes de corazón o yendo a la Luna? Seguro que, del susto, se muere de nuevo. ¿Por qué? Porque la ciencia *acumula progreso*.

Todo cuanto precede parece pues darles razón a ustedes en su impresión de que, al poner en un mismo plano la Filosofía, el Arte, la Historia y la Ciencia, aplicando el razonamiento de que no porque algo llegue después es forzosamente mejor, estoy, como mínimo, equivocándome, y, probablemente, abusando de su credulidad. Debo pues convencerles de lo contrario.

Cuando yo les decía hace un momento que la ciencia avanzaba de manera lineal, lo decía para marcar claramente la oposición entre el avanzar científico y el “pendular” de las artes o la filosofía. Pero, como siempre que oponemos de manera maniqueísta dos conceptos, lo hacemos en detrimento de los matices, caricaturizando las posiciones. Porque lo de la linearidad es cierto si se contempla de manera global, macroscópica, con una cierta perspectiva molar, a largo plazo. Pero si observamos las cosas con una lupa, de manera microscópica, con una perspectiva molar, a corto plazo, a un momento dado de la historia de la ciencia (ya salió la historia...), nos damos cuenta de que esta progresión general, este vector recto, se compone, en realidad, de “micro-meandros”, de “ziz-zags”, de “tres pasos

para adelante-un paso para atrás”, que en ningún caso pueden ser asimilados a un movimiento pendular, que en modo alguno invalidan la noción de progreso y de avance, pero que pueden desorientar al observador contemporáneo, sin visión a largo plazo, y hacerle creer que ese meandro, ese paso atrás antes de dar tres para adelante, por el solo hecho de llegar cronológicamente después, representa un progreso. Me explico.

Cuando se habla de un ciclo, resulta relativamente fácil, en general, fechar su inicio. Suele coincidir con un hecho relevante, con un acontecimiento mayor, con un evento extraordinario. Por ejemplo, la Revolución Francesa, la revolución proletaria o la revolución conductista. En cambio, decretar, de manera certera y definitiva, el final de un ciclo, puede resultar mucho más delicado, difícil y arriesgado. Lo que uno puede considerar en un momento dado, sin perspectiva histórica por estarlo viviendo “en directo”, como el final de un ciclo puede muy bien resultar, varios años después, no haber sido más que uno de los meandros o “zig-zags” de los que halábamos hace un instante.

Si leemos, por ejemplo, la prensa francesa de la época del Imperio napoleónico, o la inmediatamente posterior, la de la época de la Restauración de la monarquía, queda claro que, para los ciudadanos de aquel país, en aquel momento histórico, la famosa Revolución Francesa no había sido más que un “accidente”, una etapa transitoria y coyuntural, en aquellos momentos totalmente superada. El ciclo revolucionario iniciado con la toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789 se hallaba definitivamente cerrado. La perífrasis usada para referirse a él era “el *paréntesis* revolucionario”. Qué mejor metáfora que la del paréntesis para significar un acontecimiento perfectamente acotado, con sus límites temporales indiscutiblemente establecidos, con su alfa y su omega reconocidos y admitidos por todos. El

paréntesis representa la imagen misma de un ciclo, de algo que tiene un inicio y un final objetivamente marcados. Bajo el imperio de Napoleón pues, o bajo la Restauración, las tesis republicanas parecían definitivamente enterradas, superadas por un tipo de sistema que, por reciente, se presentaba como un progreso respecto a lo que le había precedido, a pesar de que no se trataba más que de volver a rehabilitar un régimen ya antiguo (el llamado, justamente, Antiguo Régimen) más o menos adaptado a las exigencias, gustos y modas de la época en cuestión. En terminología política, hoy llamaríamos a esos regímenes “reaccionarios” (surgidos en reacción contra un régimen anterior, lo que les equipara a un modelo de tipo pendular) y en ningún caso “progresistas” (lo que les equipararía a un modelo de tipo lineal o de progreso).

El ejemplo precedente ilustra la dificultad de determinar el fin de un ciclo. Pero como que este ciclo si que puede considerarse actualmente como definitivamente cerrado (la Republica, en Francia, se halla hoy en día perfectamente consolidada y los monárquicos son 4 gatos divididos entre varios pretendientes de las diversas sub-ramas de la familia real) quizás lo veamos aun mejor si convocamos un ejemplo de ciclo donde no esta tan claro si ya ha terminado o si estamos aun viviéndolo en directo aunque en uno de esos momentos de “un paso para atras” que puede abrir hacia “tres pasos para adelante”.

En efecto, todos conocemos la fecha del inicio de la revolución proletaria (conocida bajo el nombre de “revolución de octubre” a pesar de que ocurrió en noviembre<sup>2</sup>): la toma, por los bolcheviques dirigidos por Lenin y Trotsky, del Palacio de Invierno (sede del gobierno provisional de Kerenski constituido después de la llamada “revolución de febrero”). Así se abría el ciclo del comunismo que, para la

---

<sup>2</sup> En efecto, los hechos ocurrieron el 25 de octubre de 1917 según el calendario llamado “juliano”, en vigor en aquella época (hasta el invierno del 1918), y que corresponde al 7 de noviembre del calendario gregoriano.

mayoría de nuestros contemporáneos, se cerró con la caída del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989, es decir, 72 años (y 3 días) después. En la actualidad, a finales del 2010, casi todo el mundo considera que el comunismo fracasó definitivamente y que el capitalismo constituye el marco ideológico y el sistema económico triunfante, insuperable e insumergible, único horizonte de futuro concebible. Y si alguien reivindicase el marxismo como herramienta válida de análisis y transformación de la sociedad (y, por tanto, como opción fidedigna de futuro), lo más probable es que, como mínimo, se reirían de él tratándolo de nostálgico rezagado y, lo más seguro, lo considerarían un buen candidato al manicomio. Y si no me creen, hagan la prueba.

Sin embargo, no es seguro que no estemos viviendo una época histórica homóloga a la que evocábamos antes al hablar del Imperio napoleónico y la Restauración del Antiguo Régimen. Quizás el ciclo del comunismo es mucho más largo y estamos ahora, sencillamente, en una de las fases “atrás” del mecanismo : “un paso atrás, tres pasos para adelante”. Cuando uno constata la gigantesca crisis (similar a la del 1929) que el sistema capitalista ha engendrado últimamente (y que todos padecemos), el aumento exponencial de las diferencias entre pobres y ricos, entre países desarrollados y subdesarrollados, le es difícil a uno comulgar con la idea de que el sistema que engendra tan nefastos efectos sea la panacea. Y puesto que las derivas del sistema no pueden ser controladas sino que, al contrario, cada vez cobran mayor independencia y autonomía respecto a los gobiernos, instituciones internacionales, etc. (parece ser que a eso le llaman “mundialización”), cada vez hay más personas convencidas de que su desenfrenado desarrollo no puede llevarle más que a una crisis total, definitiva y auto-destructora. El socialismo (con todos los correctivos indispensables respecto a la manera de cómo se desarrolló en los países

del bloque comunista, evidentemente; con la constante experimentación de nuevas formulas no dogmáticas, por supuesto) podría entonces de nuevo aparecer como el mejor modelo para el desarrollo armonioso y la supervivencia de la humanidad sobre un planeta cuyos recursos naturales no serían explotados y saqueados en provecho de los beneficios de unos cuantos accionarios sino al servicio de un bien común solidario y justo.

Llegado a este punto de mi conferencia, usted que me escucha pacientemente desde hace un buen rato se está empezando a preguntar si no se ha equivocado de congreso y si no se halla sentado en una sala de *meeting* electoral de algún que otro partido de extrema izquierda radical. Tranquilícese usted. Ahora volvemos a lo nuestro. Pero este aparente (y provisional) alejamiento del mundo de la psicología al que acabo de proceder me parecía útil, si no indispensable, para la buena comprensión de la tesis que estoy defendiendo. Cuando una persona (o un animal mínimamente complejo) quiere alcanzar un objeto que se halla perfectamente visible delante suyo, pero detrás de una pared de cristal de varios metros de largo, la conducta adaptada no consiste en empeñarse en alcanzar el objeto a través del cristal, en ensañarse con la pared transparente, sino en darle la vuelta, es decir, en consentir alejarse primero para luego volver atrás (pero por el otro lado del cristal) para alcanzar el objeto. Hasta ahora me he estado alejando. Voy pues a volver hacia mi objeto.

Los cognitivistas pues, caen en el grosero error de confundir **modernidad** y **progreso**. Me explico. La noción de modernidad es de orden puramente temporal, cronológico: en mi juventud, por ejemplo, los Beatles eran modernos y, en la época de Mozart, nadie hubiese considerado su música como clásica. Y cuando estudiaba historia me enseñaban que se dividía en Historia Antigua, Edad Media, Edad



Moderna... y ¡Edad Contemporánea! La Edad Moderna no era pues la contemporánea, y me pregunto a veces, cuando ya llevemos varios siglos de Edad Contemporánea como para no poder alargarla más, ¿qué nombre le darán a la época que será en aquel entonces “moderna” o “contemporánea”? ¿Época Actual? ¿Y cuando ya se haya pasado de moda, qué nuevo nombre encontrarán?

Lo que precede demuestra pues el carácter relativo de la noción de modernidad, que no tiene en absoluto por qué corresponder a otro progreso más que al puramente cronológico. En cambio, la noción de progreso (que incluye forzosamente un aspecto temporal pero sin confundirse con él, como veremos enseguida) conlleva un juicio de valor (a menudo subjetivo, cierto) que no se reduce a la cronología. Así, para algunos (que van a ser considerados justamente como progresistas), la “liberalización de las costumbres” (como suele decirse) en materia de sexualidad constituye un progreso indiscutible mientras que para otros va a ser considerada como un retroceso hacia la inmoralidad, lo que ilustra el carácter eminentemente cultural, ideológico y subjetivo de la noción de progreso.

Otro ejemplo. Hace un instante evocaba mi juventud (ya muy lejana, como ustedes muy bien han observado). Ser viejo, por el solo hecho de acontecer después de ser joven, ¿es forzosamente un progreso? Difícil de sostener constatando los achaques de nuestro cuerpo. Alguien dijo, muy acertadamente, que cuando nuestro cuerpo empieza a hablarnos, raramente es para darnos buenas noticias... Las cosas claras: el único progreso que envejecer constituye es el progreso... hacia la muerte. Pero es cierto también que envejecer es el mejor remedio que se ha inventado... ¡para no morir joven!

Así pues, podríamos resumir las relaciones entre progreso y cronología diciendo que todo progreso implica un avance cronológico, pero que todo avance cronológico no implica forzosamente un progreso.

Los cognitivistas, al proclamar (*Urbi et Orbi*) la superioridad de su concepción respecto a la concepción conductista utilizando el argumento puramente cronológico parecen ignorar esta trivial evidencia. Al igual que los contemporáneos de Napoleón o de la Restauración, están convencidos de vivir una época que representa un progreso indiscutible respecto a la inmediatamente anterior, que se han apresurado a calificar de paréntesis para significar claramente que tuvo un principio pero, sobre todo, que tuvo un final irreversible. No hay manual cognitivista que no empiece con la canción esa de que el conductismo (quien, cierto, tuvo su época de gloria -demos al César lo que es del César-), constituye en la actualidad una etapa definitivamente superada de la historia de la psicología, un paréntesis cerrado, un ciclo terminado. Términos como “los límites inherentes al enfoque conductista”, “el callejón sin salida del conductismo”, “el aspecto simplista y reduccionista de la concepción conductista” son verdaderos lugares comunes de la prosa cognitivista que ustedes habrán oído (probablemente incluso en boca de sus maestros) docenas de veces.

Para remediar estas limitaciones, para salir del atasco, para tomar en cuenta la complejidad del ser humano, una nueva doctrina ve la luz: el cognitivismo.

Pero, ¿y si en lugar de representar un progreso, un avance, el cognitivismo no fuese más que la última y desesperada reacción del dualismo (ontológico, epistemológico y metodológico), la resurrección provisional de Platón, los Padres de la Iglesia y Descartes, el último rebrote del mentalismo más desusado, el último avatar (¡ni siquiera en 3 dimensiones!) del “fantasma en la máquina” (como decía

Ryle), el “paso hacia atrás” antes de continuar la marcha del progreso? ¿Si no fuese más que el resurgimiento (con disfraz pseudo-científico, para aparentar seriedad) de concepciones que el conductismo había prácticamente erradicado? ¿Y si resultase que el cognitivismo, hoy aparentemente triunfante en tantas latitudes, no fuese más que la Restauración (luego forzosamente provisional y efímera) del Antiguo Régimen? ¿El último y patético intento de “rehacerse” de un mal perdedor? ¿Una empresa epistemológicamente reaccionaria? En otras palabras: ¿y si fuese él quien estuviese definitivamente pasado de moda?

Esperemos (y obremos para) que en un futuro no muy lejano, más temprano que tarde, el conductismo, definitivamente despojado de las caricaturas que le cuelgan sus adversarios de todos bordes (psicoanalistas tanto como cognitivistas), sea entendido, aceptado, adoptado y considerado como el modelo que representa el progreso científico en el conocimiento de la conducta de los seres vivos afín de poder contribuir eficazmente a mejorar su existencia y a, quizás, ayudarles a alcanzar un poco de esa felicidad a la que todos (¡y todas, fe de feminista!) aspiramos.

Muchas gracias por su atención.